



Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad
de Género y el Empoderamiento de las Mujeres



**LA ECONOMÍA
FEMINISTA DESDE
AMÉRICA LATINA**
UNA HOJA DE RUTA
SOBRE LOS DEBATES
ACTUALES EN LA
REGIÓN

LA ECONOMÍA FEMINISTA
DESDE AMÉRICA LATINA
UNA HOJA DE RUTA SOBRE LOS
DEBATES ACTUALES EN LA REGIÓN

ONU Mujeres es la organización de las Naciones Unidas dedicada a promover la igualdad de género y el empoderamiento de las mujeres. Como defensora mundial de mujeres y niñas, ONU Mujeres fue establecida para acelerar el progreso que conllevará a mejorar las condiciones de vida de las mujeres y para responder a las necesidades que enfrentan alrededor del mundo.

ONU Mujeres apoya a los Estados Miembros de las Naciones Unidas en el establecimiento de normas internacionales para lograr la igualdad de género y trabaja con los gobiernos y la sociedad civil en la creación de leyes, políticas, programas y servicios necesarios para implementar dichas normas. También respalda la participación igualitaria de las mujeres en todos los aspectos de la vida, enfocándose en cinco áreas prioritarias: el incremento del liderazgo y de la participación de las mujeres; la eliminación de la violencia contra las mujeres; la participación de las mujeres en todos los procesos de paz y seguridad; el aumento del empoderamiento económico de las mujeres; y la incorporación de la igualdad de género como elemento central de la planificación del desarrollo y del presupuesto nacional. ONU Mujeres también coordina y promueve el trabajo del sistema de las Naciones Unidas para alcanzar la igualdad de género.

Autoras

Valeria Esquivel (editora), Alma Espino, Lucía Pérez Fragosó, Corina Rodríguez Enríquez, Soledad Salvador, (con la colaboración de Gabriela Pedetti), Alison Vásconez. Todas las autoras son miembros del GEM LAC, Grupo de Género y Macroeconomía de América Latina: www.gemlac.org

Cuidado de edición

Adriana Molano, Elisabeth Robert y Anell Abreu

Diseño de portada y diagramación

Sughey E. Abréu Báez (Inexus Printing)

Foto de la portada

“Instintos”, Serie “Desnudos blanco / negro” © Claudia Astete, fotógrafa chilena

Impresión

Inexus Printing

ONU Mujeres

César Nicolás Penson 102-A

Santo Domingo, República Dominicana

Tel: 1-809-685-2111

Fax: 1-809-685-2117

<http://www.unwomen.org/es/>





**LA ECONOMÍA FEMINISTA
DESDE AMÉRICA LATINA**

**UNA HOJA DE RUTA SOBRE LOS
DEBATES ACTUALES EN LA REGIÓN**



La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región está bajo licencia de Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada

Usted es libre de:

-  Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
-  Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
-  No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  Sin obras derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- * Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- * alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.
- * Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.
- * Los derechos derivados de uso legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

© del texto, ONU Mujeres, 2012
© de la edición, ONU Mujeres, 2012

Depósito legal

ISBN: 978-1-936291-99-1

Las opiniones expresadas en esta publicación son las de las autoras y no reflejan necesariamente la opinión de ONU Mujeres, las Naciones Unidas o de sus organizaciones afiliadas.

Santo Domingo, República Dominicana, junio 2012

ÍNDICE

Presentación	11
Prólogo <i>Amaia Pérez Orozco</i>	13
Introducción: Hacer economía feminista desde América Latina <i>Valeria Esquivel</i>	24
1. Mujeres, hombres y las economías latinoamericanas: un análisis de dimensiones y políticas <i>Alison Vásconez</i>	42
2. Reflexiones sobre economía feminista, enfoques de análisis y metodologías: aplicaciones relevantes para América Latina <i>Alison Vásconez</i>	98
3. Cuidado, economía y agendas políticas: una mirada conceptual sobre la “organización social del cuidado” en América Latina <i>Valeria Esquivel</i>	141
4. Perspectivas teóricas sobre género, trabajo y situación del mercado laboral latinoamericano <i>Alma Espino</i>	190
5. Género y comercio en América Latina <i>Soledad Salvador, con la colaboración de Gabriela Pedetti</i>	247
6. Crisis, regímenes económicos e impactos de género en América Latina <i>Alma Espino, Valeria Esquivel y Corina Rodríguez Enríquez</i>	290

7. Análisis de género de las Políticas Fiscales: Agenda Latinoamericana <i>Lucía Pérez Fragoso</i>	349
8. Políticas de atención a la pobreza y las desigualdades en América Latina: una revisión crítica desde la economía feminista <i>Corina Rodríguez Enríquez</i>	390
Glosario de términos	438
Sobre las autoras	459

DIAGRAMAS

Diagrama 1.1 PIB per cápita América Latina períodos 80-85 y 05-09	61
Diagrama 1.2 América Latina: posición en PIB per cápita y participación laboral de las mujeres	67
Diagrama 1.3 Convergencia beta para pobreza en América Latina	71
Diagrama 1.4 América Latina: feminidad de la pobreza entre 2000 y 2009	75
Diagrama 1.5 América Latina: desigualdad comparada entre 1980-1984 y 2005-2009	78
Diagrama 1.6 América Latina: ubicación de países de acuerdo a las dimensiones del análisis de componentes	89
Diagrama 1.7 Ubicación de los países de América Latina de acuerdo a la agrupación de variables de situación laboral, pobreza y crecimiento	91

GRÁFICOS

Gráfico 1.1 América Latina: PIB per cápita	61
Gráfico 1.2 América Latina: participación en el mercado laboral	63
Gráfico 1.3 América Latina: crecimiento de la oferta laboral y crecimiento económico	65
Gráfico 1.4 América Latina: empleo por sector, áreas urbanas	68
Gráfico 1.5 América Latina: pobreza 1980-2009	70
Gráfico 1.6 América Latina: mujeres entre 25 y 60 años sin ingresos propios	72
Gráfico 1.7 América Latina: patronos y patronas de microempresas por subregión	74
Gráfico 1.8 América Latina: desigualdad de ingresos 1980-2009	78
Gráfico 1.9 América Latina: desigualdad y PIB	81
Gráfico 1.10 América Latina: desempleo	83
Gráfico 1.11 América Latina: hombres y mujeres sin ingresos propios	85
Gráfico 1.12 América Latina: brecha salarial de género para población con más de 13 años de escolaridad	85
Gráfico 1.13 América Latina: relación de dedicación al trabajo para hombres y mujeres entre 2002 y 2007	86

PRESENTACIÓN

Una de las áreas de concentración de ONU Mujeres es el empoderamiento económico de las mujeres. La importancia que ONU Mujeres otorga a desarrollar una mirada de género a los procesos y políticas económicas concuerda con la relevancia que el tema tiene a nivel global. La Plataforma de Acción de Beijing establece entre sus esferas de preocupación las de “mujer y pobreza” y de “desigualdad en el acceso a oportunidades económicas”. Más aún, los graves problemas de desigualdad y desarrollo a nivel global, así como la crisis multidimensional (ecológica, alimentaria, financiera y reproductiva) a la que estamos asistiendo, obligan a poner en primera línea las cuestiones económicas. Al mismo tiempo, evidencian la necesidad de mirar la economía desde una óptica que ponga en el centro el bienestar de las personas, que comprenda la integralidad de los procesos económicos y que preste atención a la desigualdad, en particular a la desigualdad entre hombres y mujeres.

La economía feminista, que recibe tal denominación desde principios de los años noventa, se está perfilando como una corriente de pensamiento económico diferenciado, si bien puede decirse que está aún en construcción. Consolidarla es imprescindible para la formulación de propuestas que permitan avanzar hacia la igualdad de género y, más aún, para replantear alternativas a un sistema económico global en crisis que hagan posible unas condiciones de vida digna para todas y todos.

La economía feminista aglutina una diversidad de trabajos procedentes de la academia y de organizaciones de mujeres y feministas. Al mismo tiempo, sirve de base a la puesta en marcha de políticas públicas que se nutren de sus aportes y las retroalimentan. En tanto que paradigma económico en construcción, la economía feminista está viendo un florecimiento de textos y publicaciones en los últimos años. Abarca además un amplio abanico que va desde textos de alta especialización hasta publicaciones de difusión general y de formación básica.

Muchas de estas publicaciones provienen de entornos académicos europeos y norteamericanos y, por lo tanto, responden específicamente a las necesidades analíticas, metodológicas y políticas de dichos contextos, por lo que no son plenamente replicables o aprehensibles en otros entornos. Son menos frecuentes las publicaciones que recogen y difunden el pensamiento económico feminista producido desde países del

sur, que responden a la realidad concreta de estos países y que adaptan al entorno los numerosos conceptos y herramientas metodológicas y analíticas que van conformando esta nueva corriente.

América Latina y Caribe está formando parte de dicho proceso activo de construcción de pensamiento y práctica económica feminista. Así lo muestran la diversidad de cursos y especializaciones que proliferan a nivel nacional y regional, dentro y fuera de la academia, al igual que la pluralidad de proyectos de investigación que se han puesto en marcha. Al mismo tiempo, la región está inmersa en un proceso de replanteamiento de los modelos de desarrollo y de las políticas económicas pertinentes para acabar con la pobreza y la desigualdad. Se trata de una coyuntura especialmente favorable para la introducción de una visión feminista sobre la economía y para asegurar la búsqueda de la igualdad de género como una dimensión central del desarrollo económico.

Por último, gran parte de la literatura sobre economía feminista en circulación es de difícil acceso para amplios sectores de la población, al ser publicaciones dispersas en editoriales privadas que no están disponibles en formato electrónico. Además, en el caso latinoamericano, el predominio del inglés resulta a menudo una barrera adicional para la población interesada, especialmente para las personas tomadoras de decisiones, personal técnico de las instituciones y sociedad civil.

Es por todo ello que ONU Mujeres edita la presente publicación, en la que se ha hecho un esfuerzo por recoger los avances principales del pensamiento económico feminista que está siendo elaborado en la región de América Latina y Caribe. Se compone de un conjunto de capítulos que pueden ser leídos individualmente, pero que, al mismo tiempo, tienen hilo conductor y mantienen coherencia.

El objetivo final de esta publicación no es otro que contribuir, desde y para la región latinoamericana, al trabajo para el empoderamiento económico de las mujeres y el logro de la igualdad entre mujeres y hombres en la economía.

Saraswathi Menon

Directora de la división de políticas, ONU Mujeres

PRÓLOGO

El documento que tienes entre tus manos es un texto coral, una cartografía no cerrada de la economía feminista en América Latina. ¿Economía feminista? ¿En América Latina? ¿Cartografía? ¿No cerrada? Vayamos por partes.

Economía feminista: ¿y eso qué es? La respuesta a esta pregunta recorre estas páginas y, particularmente, la introducción. La pluralidad de perspectivas y debates vuelve imposible dar una definición cerrada de esta corriente de pensamiento económico, obligando más bien a insistir en su carácter abierto y dinámico. A pesar de ello (y entendiendo que lo que en este prólogo se argumenta forma parte de esos debates abiertos), podemos aventurarnos a dar unas pinceladas básicas. La economía feminista se caracteriza por abrir reflexión, al menos, en torno a tres aspectos: los límites de lo que es economía, el papel del género en ella, y el compromiso de la teoría con la transformación de las situaciones de desigualdad.

En primer lugar, se amplía la idea de qué es economía y qué es trabajo para abarcar el conjunto de procesos que permiten generar los recursos necesarios para vivir, sin limitarse a mirar sólo aquellos que involucran flujos monetarios. Se pone especial énfasis en los trabajos que no se pagan realizados mayoritariamente por las mujeres en los hogares, y estos se reconocen como otra esfera crucial de la economía en interrelación con el estado y el mercado. Pero, sobre todo, se desplaza el eje analítico para poner en el centro la sostenibilidad de la vida, entendiendo que los procesos de mercado han de interrogarse a la luz de su aporte a dicha sostenibilidad. En segundo lugar, se busca comprender el papel que juegan las relaciones de desigualdad entre mujeres y hombres en la economía. Se considera que no existe ninguna política ni proceso económico que sea neutro en términos de género; es decir, que siempre tienen un impacto en las relaciones entre mujeres y hombres (las modifican, agudizando, paliando o reformulando la desigualdad) y, al mismo tiempo, estas relaciones marcan el terreno sobre el que ocurren los fenómenos económicos, poniendo las condiciones de posibilidad de los mismos (así, el libro se interroga sobre cómo la desigualdad condiciona los modelos de crecimiento, o

el alcance de los acuerdos de libre comercio). Y, por último y siendo quizá lo más relevante, la economía feminista no se propone entender el mundo porque sí, sino comprenderlo para transformarlo. Es una corriente comprometida con la búsqueda de una economía que genere condiciones para una vida que merezca la pena ser vivida en términos de equidad y universalidad. Tiene una pretensión de subversión¹ del orden actual, de un sistema económico cuyos resultados en términos de sostenibilidad de la vida y de igualdad entre mujeres y hombres son, por decirlo con suavidad, manifiestamente mejorables. Y aquí nace el primer objetivo clave de esta publicación: recoger aportes que desde la economía feminista puedan alimentar el debate sobre los modelos de desarrollo (que puedan incluso llevar a un cuestionamiento de la noción misma de desarrollo, y de ahí las cursivas²). Estos debates son hoy más pertinentes que nunca dado el contexto de crisis global que habitamos. ¿Crisis? La crisis desde una óptica de economía feminista se entiende como una crisis multidimensional, que pone en jaque los procesos vitales. Abarca la crisis ecológica (en tanto que interrupción de los procesos de la vida no humana), la crisis de reproducción social en el Sur global (imposibilidad de satisfacer las expectativas de reproducción material y emocional de las personas, llegando a extremos de muerte con, entre otras, las crisis alimentarias) y la crisis de los cuidados en los países del Norte global (quiebra de los circuitos que aseguraban los cuidados imprescindibles para vivir). A todo ello se añade el estallido financiero en países del Norte global, y el ataque generalizado a las condiciones de vida de la ciudadanía que está implicando la vía política de respuesta a dicho estallido. Es una crisis multidimensional y acumulada que hace plenamente visible la insostenibilidad del sistema económico en términos ecológicos, sociales y reproductivos. Para comprenderla plenamente y, sobre todo, para imaginar salidas, la conjunción de miradas económicas comprometidas con el cambio es urgente; entre ellas, la de la economía feminista.

La propuesta de la economía feminista de desplazar el eje analítico de los mercados a los procesos amplios de generación de recursos impres-

¹ Esta expresión la hemos tomado de Sara Lafuente Funes.

² Lo que Escobar (2010) establecería en términos de alternativas de post-liberalismo, post-desarrollo y modernización alternativa. Cuestionar el desarrollo implica cuestionar la noción misma de bienestar y de pobreza, así como las estrategias para avanzar hacia el primero y erradicar la última.

cindibles para que se den las condiciones de posibilidad³ para una vida que merezca la pena ser vivida⁴ obliga a introducir en el debate los trabajos no remunerados y, más aún, abre la puerta para reconocer “la economía diversa realmente existente” (León, 2009a:66), en la que una pluralidad de agentes y de esferas interaccionan con el mercado capitalista y el estado para poner (o no) esas condiciones de posibilidad: trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, trabajo comunitario, economía popular/social/solidaria, economía campesina... No solo se visibilizan esferas antes ocultas sino que, sobre todo, se pregunta por la conjunción de todas ellas y su resultado final en términos de vivir bien. Desde esta pregunta, se observa un conflicto estructural en las economías capitalistas entre las condiciones de vida y la acumulación o valorización de capital (entre la producción y la reproducción); y se constata que recae en los hogares la responsabilidad última de reajustar el sistema económico en términos de su traducción cotidiana en bienestar concreto experimentado por personas concretas. Los hogares, profundamente marcados por relaciones de género de desigualdad, se constituyen así no solo en una institución económica clave, sino en la unidad básica de la economía y el elemento último de reajuste del sistema. Estas consideraciones no pueden en ningún caso dejarse de lado en el debate sobre los modelos de desarrollo, ya que apuntan a exigir que el desarrollo suponga el avance hacia la asunción de una responsabilidad colectiva en garantizar las condiciones de posibilidad para ese buen vivir, lo cual pasa por afrontar “las tensiones profundas inherentes a la relación capitalista entre producción de mercancías para la obtención de un beneficio y reproducción social de la población” (Picchio, 2001:35).

³ Esta idea está en línea con lo que plantea Butler al afirmar que toda vida es precaria, por lo que “exige que se cumplan varias condiciones sociales y económicas para que se mantenga como tal. [N]uestra vida está siempre, en cierto sentido, en manos de otro; e implica también [...] la dependencia” (2010:30). Preguntarse por cómo se establecen esas condiciones es el objetivo básico de la economía feminista. Y la afirmación de la interdependencia la aleja radicalmente de la noción de los sujetos económicos como seres autosuficientes propia de la economía neoclásica y su homo economicus (figura que se cuestiona en repetidas ocasiones a lo largo de esta publicación).

⁴ Redefinimos aquí la economía como los procesos de provisión de recursos que son utilizados para ejercer capacidades y funcionamientos que se traducen en bienestar; lo que antes hemos llamado sostenibilidad de la vida y que, en otros términos, podríamos resumir como generación de recursos para la satisfacción de necesidades, o para el *sumak kawsay/suma q'amaña* (buen vivir/vivir bien). Es cierto que los términos son poco precisos, que tienen énfasis diversos e incluso potencialmente contradictorios; pero lo son porque es este uno de los nodos de debate. Lo que conviene es abrirlo toda vez que se estallan las fronteras mercantilistas donde bienestar se equipara a consumo, trabajo a trabajo remunerado, economía a procesos de intercambio mercantil y desarrollo a expansión de los mercados capitalistas. En este prólogo usamos indistintamente estos conceptos e, incluso, el de desarrollo, en tanto que objetivos sociales y criterios para evaluar qué tan bien funciona la economía.

Pero no sólo los modelos de desarrollo están en cuestión, sino que la (des)igualdad en sí misma está en el centro del debate ⁵. La economía feminista concede máxima relevancia a la comprensión de las relaciones de poder y asume un irrenunciable compromiso con la superación de las desigualdades. Si bien se centra en las desigualdades de género, esto no implica que su aporte pueda compartimentalizarse, entenderse como una especie de extra a sumar a un paquete de medidas ya construido, una adenda analítica a añadir al final del párrafo. La economía feminista propone vías de análisis y de propuesta que implican un aporte transversal al conjunto de miradas críticas con los actuales modelos de desarrollo. Al menos, por tres motivos.

Primero, porque el género es una realidad de desigualdad que atraviesa el conjunto de la estructura socioeconómica en lo micro, meso y macro, y de ahí el análisis multinivel que se propone desde la economía feminista. De ahí la insistencia en que el género lo marca todo: desde los comportamientos individuales (por ejemplo, distintas racionalidades), a las macro-estructuras (la interacción entre esferas económicas monetizadas y no monetizadas), pasando por el conjunto de instituciones, todas ellas portadoras de género. Segundo, porque el género se entiende en su cruce con otros ejes de desigualdad, y con las desigualdades estructurales de clase y etnia de forma especialmente marcada. Dicho de otra forma, ninguna de ellas se comprende sin entender simultáneamente las otras; y todas ellas se entienden de forma dinámica, no como estructuras estáticas e inmutables sino redefinidas por el propio funcionamiento de la economía. La imposibilidad de comprender las dinámicas reproductoras de la pobreza sin incorporar al análisis las dimensiones de género es un ejemplo paradigmático. Y tercero, porque aborda las relaciones de poder desde una doble óptica sumamente fructífera y replicable. Por un lado, se busca entender el impacto de las políticas y procesos económicos en la desigualdad, considerando que la igualdad es en sí un elemento clave del buen vivir y no un resultado secundario del mismo, mucho menos un instrumento. Así, entre otras cosas, para poder hablar de desarrollo habrá que detectar avances significativos hacia la igualdad en dimensiones fácilmente cuantificables, como la discriminación salarial por sexo; pero, más allá, deberán producirse profundos cambios estructurales como la des-feminización de la responsabilidad de garantizar condiciones de vida digna. De aquí surgen preguntas como cuán cierto es el alegado éxito

⁵ Así lo reconoce recientemente la CEPAL (Bárcena, coord., 2010).

de los programas de transferencias monetarias condicionadas si lo medimos en términos más amplios que la mera mejoría de los niveles de consumo. Por otro lado, se pretende comprender el papel que la desigualdad de género juega en el funcionamiento actual de las estructuras económicas y, por lo tanto, en su devenir futuro. En línea con esto, las autoras se interrogan sobre asuntos como el papel de la desigualdad en distintos modelos de crecimiento, sobre cómo los roles de género condicionan el impacto de los acuerdos de libre comercio que fomentan las industrias exportadoras intensivas en mano de obra femenina, o sobre qué distintos regímenes de bienestar existen según se reparta la responsabilidad de asumir riesgos entre las masculinizadas esferas del mercado y estado, y la feminizada de los hogares.

Pero no decimos sólo economía feminista, sino economía feminista en América Latina. ¿Marca esto alguna diferencia? Marca, antes que nada, una diferencia contextual. Dado que el conocimiento no se crea en el vacío, sino que viene determinado por el entorno social, cabe pensar que, por el momento de cambio que está viviendo, América Latina es un espacio mucho más favorable que otros (léase, que Europa o Norteamérica) para desarrollar perspectivas económicas críticas, tales como la economía feminista; y para dejar permear los debates públicos y políticos por estas innovaciones analíticas. En definitiva, un contexto propicio para la interacción entre creación de pensamiento y transformación política.

Además, hacer economía feminista desde América Latina implica romper con la tendencia que León sintetiza en estas palabras “la producción teórica se concentra en el Norte y es consumida’ en el Sur, donde se busca instrumentalizarla y aplicarla” (2009b:14). Con esta publicación no se trata tanto de aportar en la elaboración de un conocimiento (unas herramientas metodológicas y analíticas, unas propuestas políticas) específico para América Latina, como si primero existiera una economía feminista no marcada que debe luego concretarse, consumirse. Se busca, más bien, ofrecer una mirada diferente a la hegemónica⁶ que pueda, justamente, poner en cuestión esa hegemonía y esa supuesta cualidad de limpieza, rompiendo con la idea de que existe una economía feminista carente de sesgos y universal. Igual que la economía feminista ha pretendido sacar a la luz y revertir

⁶ Entendiendo que esta tiene una clara impronta anglosajona y/o un arraigo territorial identificable en Europa y Norteamérica (a excepción de México).

sesgos androcéntricos de otras corrientes de pensamiento económico, podemos aventurarnos a afirmar que ha reproducido otros: ¿se ha centrado en las experiencias de las mujeres blancas, europeas o norteamericanas, de clase media, heterosexuales? ¿Adolece, por tanto, de sesgos heterocéntricos, clasistas, etnocéntricos? En esta publicación se parte de otra localización y, desde ahí, se ponen en tensión conceptos y métodos. Al pensar en una oficinista en Washington podemos diferenciar claramente su empleo de su trabajo de cuidados no pagado, pero esa distinción entre trabajo remunerado y no remunerado se vuelve imposible al intentar aprehender la experiencia de una pequeña campesina que cultiva la chacra con la wawa a la espalda, para sacar unas papas que comerán en la comunidad y, si sobran, venderán en el mercado. ¿Qué nociones de trabajo manejamos para dar cuenta de esas diversas historias? ¿Cómo adaptar las encuestas de usos del tiempo para captar ambas situaciones? Realidades distintas inabarcables con conceptos y metodologías iguales.

Develar sesgos no es señalar una debilidad, sino ser coherentes con la noción de que todo conocimiento producido está situado (y, por eso, para entender la economía en América Latina no podemos replicar sin más los métodos usados para otros lugares del mundo, ni viceversa). Pero, además, nombrar otras realidades es la única forma de aumentar el abanico de opciones para pensar en otros mundos posibles. El cuidado en occidente se entiende en términos marcadamente individualizados, a pesar de que sabemos que los cuidados (como todo en economía) son una realidad de interdependencia. ¿Cómo responder entonces al reto de mayor justicia en su distribución si pensamos sólo en términos de derechos individuales (a una prestación, a un servicio público) que no logran dar cuenta de los cuidados organizados en redes? ¿Quizá partir de comprender esas redes (vecinales, de familia extensa), de su potencia y problemas, puede llevarnos a pensar en otras maneras de colectivizar los cuidados más allá de esa visión liberal de los derechos? La economía feminista, en tanto que proyecto emancipador, ha de tener siempre una actitud de sospecha ante sí misma, abriendo la posibilidad de captar realidades que siguen ocultas, y de retroalimentarse de estas para proponer otro desarrollo posible. Sospecha como mecanismo para identificar sesgos en las agendas políticas y de investigación que reproducen en sí desigualdades entre las mujeres mismas.

Esta publicación no pretende, ni mucho menos, cerrar el problema de cómo lograr miradas del mundo inclusivas de todas las voces. Sigue existiendo una escisión entre quienes piensan el mundo y quienes meramente lo experimentan. Se abre aquí la palabra a Latinoamérica, se refuerza la economía feminista más allá del Norte global, se publica en español y con licencia libre para llegar a un conjunto más amplio de gentes. Pero sigue habiendo una distinción entre quienes conocen y quienes son conocidas, menos marcada por la territorialidad, cierto, pero igualmente señalada por la clase social y el estatus profesional (de las autoras y, más allá, de todas las aquellas personas que de una forma u otra hemos participado en que estas páginas vean la luz). Se sigue partiendo de una metodología muy clásica y de una escisión grande entre quien conoce (las economistas feministas) y quien es conocido (las mujeres latinoamericanas diversas). Siguen ausentes las metodologías más participativas, las formas de conocimiento no ilustradas.

Por todo ello, esta publicación no es un cierre, es una apertura para estar alertas y preguntarnos quién tiene voz para nombrar el mundo, para decir si va bien o va mal y para hacer propuestas de cambio. Para preguntarnos cómo ir elaborando una agenda de intereses comunes (no necesariamente unitarios), entendida no como el descubrimiento de una agenda pura, única y preexistente, sino como el resultado de un proceso de debate y de consenso que ha de darse de abajo-arriba y buscando la máxima horizontalidad posible. Por eso esta publicación no es un manual ni un recetario; es una cartografía, que va hilando distintas miradas, distintas verdades parciales⁷, en la construcción de ese mapa emancipatorio. Y es una cartografía no cerrada, que abre la discusión en lugar de clausurarla, incorpora nuevas voces, pero siguen faltando otras.

Cartografía no cerrada porque tampoco agota todas las temáticas posibles, si bien todas aquellas incluidas son sin lugar a dudas de la máxima importancia. Hay temáticas de mucha relevancia que requieren desarrollo futuro (algunas, las menos, no están aquí recogidas a pesar de haber recibido ya cierto desarrollo). De manera especialmente importante cabe señalar: el ámbito de los mercados financieros, el acceso a los activos y la propiedad, y la economía popular/social/

⁷ No existen verdades absolutas ni tampoco objetividad como neutralidad valorativa; sino que toda verdad es parcial, y que esta parcialidad, además de ser inevitable, lejos de ser un mal, es lo que permite que distintas visiones del mundo entren en conversación y busquen, juntas, construir esos otros mundos posibles.

solidaria. El abordaje de la cuestión ecológica es otra línea de avance fundamental, tanto en lo referido a entender la economía como un subsistema abierto dentro de un sistema ecológico más amplio (lo cual implica un cambio epistemológico, y también ontológico en línea con las cosmovisiones indígenas en la región y con la economía ecológica), como en la atención a temáticas infradesarrolladas (entre otras, el poco conocimiento de las dimensiones de género de la economía campesina; la desatención de las diferencias rural/urbano en su cruce con el género; o el posible replanteamiento de conceptos tales como trabajo, cuidado o racionalidad desde las experiencias rurales, indígenas y campesinas), así como en las propuestas políticas (especialmente, en el debate sobre la sostenibilidad de los modelos extractivistas de desarrollo, también en el objetivo de la soberanía alimentaria). Tomar seriamente en cuenta las diferencias étnicas es también otra asignatura incompleta. Más allá de la etnicidad como una variable analítica a incorporar y/o como nuevas temáticas a abordar, partir de una mirada postcolonial podría implicar cambios epistemológicos de enorme calado (cómo elaborar conocimientos no opresores, qué criterios de validación del conocimiento usar si rompemos con la noción ilustrada de ciencia). Finalmente, esas cartografías deben tener una dimensión crecientemente global, construirse desde una mirada transnacional que busque responder a preguntas tales como cuál es el proceso intra-hogar de toma de decisiones en las familias transnacionales; cómo se redefine la división sexual del trabajo a nivel global y especialmente mediante la migración; o qué impacto de género tienen los acuerdos de integración regional más allá de los acuerdos comerciales, etc.

En definitiva, hablar de una cartografía no cerrada es lanzar esta publicación como una invitación a seguir pensando, en el doble sentido de seguir construyendo herramientas analíticas y metodológicas para comprender la economía, y de seguir proponiendo acciones y vías de cambio para avanzar hacia una economía sostenible en términos ecológicos, sociales y reproductivos; dicho de otra forma para colectivizar y des-feminizar la responsabilidad de establecer las condiciones de posibilidad para una vida que merezca la pena ser vivida.

¿A quién se dirige este texto? Por supuesto, a quienquiera que tenga un interés en el cruce entre feminismo y economía, y en una perspectiva latinoamericana de ese encuentro. Pero, particularmente, esta publicación desearía llegar a tres públicos. Por un lado, al amplio espectro de

quienes ejercen en el ámbito de la economía y, en concreto, quienes lo hacen desde el ámbito académico.

Por otro, al movimiento feminista y de mujeres (y, en un sentido más amplio, a los movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil). Como se señala en la introducción, quizá la aspirada relación entre economía feminista y movimiento feminista sea más bien tibia. La economía feminista toma en el movimiento su impulso y su sentido; cuando es elaborada desde los espacios oficiales de generación de conocimiento debe medirse a sí misma según sea su capacidad de enriquecer al propio movimiento y de alimentarse del mismo. A la par, la economía sigue siendo “un campo que, hoy por hoy, aún debemos [el movimiento feminista] disputar” (León, 2009b:13). El movimiento ha de ser un agente activo en la construcción de pensamiento y propuestas económicas. Como señalaron las organizaciones feministas en la Conferencia de Brasilia⁸ es de la mayor importancia la existencia de “sujetos colectivos con capacidad de resistencia y autonomía para definir sus prioridades y proyectos emancipatorios”. La interacción entre academia y movimiento en la construcción común de una mirada feminista es indispensable para ello. Y el terreno de la economía es un campo absolutamente clave donde lograrlo.

Y por último, la voluntad propositiva de la economía feminista implica que un interlocutor priorizado sea todo el espectro de agentes e instituciones tomadoras de decisiones y hacedores de política. El compromiso con la transformación de las situaciones de desigualdad supone que un ámbito que recibe máxima prioridad es el de la incidencia en las políticas públicas, y ese enfoque es una línea argumental compartida por todas las autoras de esta publicación. El ámbito institucional en América Latina a día de hoy tiene, cuando menos, cierta capacidad receptiva y voluntad de cambio que amerita ser aprovechada. Se han producido cambios normativos, institucionales y políticos que suponen un avance. Por ejemplo, el reconocimiento del valor productivo del trabajo no remunerado en varias constituciones. La economía feminista puede jugar un papel clave develando las contradicciones (por ejemplo, cómo evitar que los programas de transferencias monetarias condicionadas refuerzan el rol de las madres de responsables únicas del bienestar familiar), proponiendo medidas que permitan una traducción real de los avances en papel (por ejemplo, cómo lograr que el reconocimiento del trabajo

⁸ Declaración del Foro de Organizaciones Feministas Ante la Undécima Conferencia Regional sobre la Mujer – CEPAL. “Qué Estado para qué Igualdad”.

doméstico signifique acceso a derechos y no una mera cuestión retórica) y articulando mecanismos que transformen la noción misma de cómo se elabora política económica desde una perspectiva de género, como son los presupuestos sensibles al género. Finalmente, la economía feminista puede jugar un rol central en tanto que palanca de conexión entre el movimiento feminista, la academia y las instituciones, por ejemplo, a la hora de abrir un debate democrático que valore la pertinencia de firmar un tratado de libre comercio.

En definitiva, es un momento clave para incidir en el debate. En palabras de Berger, “estaríamos al borde de una ‘gran transformación’. La forma de la nueva sociedad será objeto de una intensa disputa en el próximo período, y el feminismo será importante en tal disputa” (2010:116). Esta publicación busca contribuir aportando la mirada de la economía feminista en las discusiones sobre el desarrollo (o, mejor, la vida vivible, el *sumak kawsay/suma q’amaña*) y aportando una mirada latinoamericana a la economía feminista. Todo ello sin ofrecer un paquete completo, estático y encorsetado que pueda aprenderse y replicarse sin más, sino abriendo vías de investigación y de cuestionamiento político que llaman a la responsabilidad colectiva de seguir pensando y transformando.

Amaia Pérez Orozco